

≡ JORGE SALESSI ≡

MÉDICOS MALEANTES Y MARICAS

"Un libro de culto que, en su primera edición, podía leerse como una historia de la homosexualidad en Argentina, y toda una estructura para imaginar la nación. Tres décadas más tarde, esta osada reescritura callejera de un clásico es un manual para pensar revulsivamente el pasado".

MARÍA MORENO

JORGE SALESSI

MÉDICOS
MALEANTES
Y MARICAS

MARICAS

Putos inversores y putas lesbianas sugestivas

Los textos de estos genios, científicos policías militares escritores de fines del siglo XIX, describieron toda una cultura de maricas delirantes loqueando llenas de plumas en fiestas de ambiente o yirando de noche buscando levante entre los arcos de la recova del bajo. Eran invertidos congénitos, pocos, o adquiridos acostumbrados a la envergadura gozosa de «los seductores de siempre», algo así como hombres masculinos a los que les gustaba dársela a otros hombres o travestis. Había sofisticados pederastas romanos importados, «activos»; era siempre importante investigar quién, cuándo y cómo la daban o la recibían. La idea de que un hombre se apareara con otro un día arriba y al día siguiente abajo era escandalosamente peligrosa. Y ni hablar de bisexuales que se acostaban lo mismo con hombres que con mujeres, y para peor de clase alta; eran considerados degenerados impensables. Había que ser siempre lo uno o lo otro; aunque fueran fornicadoras parejas de un mismo sexo biológico, uno siempre hacía de «hombre» y el otro de «mujer», reconstruían la pareja heterosexual. En los colegios de pupilas adolescentes había chicas uranistas que se escribían cartitas de amor que sugerían besitos y toqueteos de noche entre las sábanas; muchas de ellas también clasificadas como pasivas bajo la viperina sugestión de activas hipnotizadoras. En las clases trabajadoras había mujeres de un tercer sexo usurpador que competían

con los hombres en el mercado de trabajo, y en los cientos de prostíbulos de la ciudad las regentas tenían a su puta preferida que, agotada del trabajo, se acostaba a descansar abriendo las piernas a los lamidos golosos de la madama.

En la literatura y en los discursos de las nuevas ciencias psicológicas y sociales, putos y putas de innumerables tipos y especies, eran evidencia de una realidad histórica o construcciones textuales, taxonomías científicas retorcidas y formas de representación de desviaciones burguesas presentadas como saberes de una sexualidad que, de acuerdo a la coyuntura social o económica, sirvieron a propósitos distintos. Sin duda, los médicos trataban de controlar, estigmatizar y criminalizar una cultura vistosa de homosexuales y travestis que circulaban por todas las clases sociales de Buenos Aires. Pero las historias y los estudios también fueron un invento, una construcción deliberada de historias clínicas y casos que instalaron la idea de una enfermedad mental en potencia, una inversión que acechaba en puntos claves de la modernidad fastuosa, del mercado de trabajo, la estructura de clases tradicional y, sobre todo, las instituciones donde se instruía al nuevo sujeto argentino elector. Los criminólogos hacían historia, historiaron, pero al mismo tiempo diseminaban lo que Eve Sedgwick llamó «pánico homosexual», el temor que desde fines del siglo XIX se usó para controlar las primeras comunidades de hombres que se identificaban como homosexuales, pero también para regular los lazos homosociales entre *todos* los hombres que estructuraban la totalidad de la cultura heterosexual y pública. En la Argentina rica de la gran inmigración europea ese pánico sirvió para definir y apuntalar ideas de nacionalidad, de «raza», de clase social, al mismo tiempo que se trataban de cimentar fundamentos de una sexualidad única, heteronormativa, de géneros fijos, femenino para las mujeres y masculino para los integrantes de la etnia ideal que debía resultar de la homogeneización de las poblaciones recién llegadas. En los estudios y tratados que vamos a ver, la recurrencia de detalles precisos en las vidas y prácticas homosexuales de tantos demostró que en el Buenos Aires de fin de siglo había muchos hombres que tenían relaciones sexuales con otros hombres; es evidencia de una realidad histórica. Pero las formas de representación de la homosexualidad de las mujeres, además de ser seguramente también una realidad histórica, dejó

ver con más claridad la propagación exagerada de una ansiedad cultural que, como el miedo a las enfermedades epidémicas, fue usada para reprimir y estigmatizar a líderes grupos y poblaciones de mujeres que desbarataban la solidez de la cultura capitalista patriarcal, el ideal de la oligarquía terrateniente que tenía el Estado en sus manos.

Hasta las últimas décadas del siglo XX no se investigaron ni se documentaron mucho las vidas y costumbres de estos grupos de hombres que noventa años antes se identificaban como maricas. Las distintas coyunturas socio-históricas permitieron, o no, la visibilidad y la lectura de subjetividades y sujetos homosexuales o transgénéricos. Se podía o no se podía «hablar de eso». Durante la dictadura criminal que terminó en 1983, los transgresores nos tuvimos que refugiar en las *Fiestas, baños y exilios* que describieron Alejandro Modarelli y Flavio Rapisardi. El único grupo genérico sexual que como tal se enfrentó a los delincuentes militares del Estado fueron las Madres de Plaza de Mayo. Pero con la democracia, en 1989 por ejemplo, en algunos libros y publicaciones empezaron a aparecer cada vez con más insistencia referencias que dejaban entrever las vidas, andanzas y peripecias de *las locas* de fines del siglo anterior. Una alusión apareció ese mismo año en *Soy Roca*, un libro del historiador Félix Luna. Esa primera insinuación —y su tono homofóbico de época— la permitió el contexto del debate contemporáneo argentino e internacional sobre los derechos de los que no nos ajustamos a las normas genéricas y sexuales tradicionales. A la referencia de Luna le dio pie el principio del reclamo muy público de la CHA (Comunidad Homosexual Argentina), que en mayo de 1984 había publicado en uno de los diarios de distribución masiva de la capital una primera solicitada que exigía la derogación de los edictos policiales todavía utilizados para perseguir y arrestar homosexuales. Entre 1984 y 1987 Carlos Jáuregui, César Cigliutti y Marcelo Ferreyra hicieron muy público el debate sobre los derechos de homosexuales y travestis, y Carlos con Lohana Berkins aparecieron junto al periodista Mariano Grondona en la pantalla chica de todas las noches, al mismo tiempo que se empezó a destapar la maraña delictiva del Estado militarizado y sus secuaces civiles entre 1976 y 1982. El debate se radicalizó y tuvo una repercusión inédita a mediados de 1989, cuando la CHA solicitó el

otorgamiento de personería jurídica, que le fue negada por la Corte Suprema de Justicia de la Nación. En *Soy Roca*, en medio de ese primer debate público sobre el reconocimiento legal de una organización de homosexuales argentinos, el protagonista del libro de Luna hablaba escandalizado del Buenos Aires de Ingenieros y Rubén Darío: «Antes, los únicos maricas conocidos eran los porteros de los quilombos. Ahora me cuentan de Fulano o Mengano, gente bastante conocida, como incluidos en la categoría de los invertidos. ¡Y no les cuento en Europa! Aparecen con toda desenvoltura en los ambientes más refinados». Los maricas no solo deambulaban entre la mala vida prostibularia, también se desenvolvían abiertamente entre la *gente conocida* en Argentina, como ocurría en el interior del exclusivísimo círculo de Liebenberg, los favoritos del Kaiser Guillermo II, la decadente gente *bien* de la Europa de 1900, en los dominios imperiales o en *países serios* como los Estados Unidos del 1990. A fines del siglo XIX y del XX, la visibilidad de estas homosexualidades apareció como coletazos inesperados de los proyectos económicos neoliberales que supeditaron la economía argentina a un concierto capitalista internacional o global. En los últimos años del siglo XX el modelo económico y social argentino fue impuesto por el eje anglo-norteamericano, que llegó con el nuevo feminismo y el activismo gay de Stonewall, de la misma forma que a fines del siglo XIX lo habían impuesto los imperios ingleses, franceses y alemanes, junto con la refinadísima decadencia de la literatura europea finisecular o los atrevimientos estéticos de los pintores prerrafaelitas.

La visibilidad y el activismo de lesbianas y gays, maricas, homosexuales, invertidos o uranistas varios fueron el tiro que entró por la culata de los grandes saltos modernizadores de integración económica y cultural de *la Argentina en el mundo*. La conspicuidad de los homosexuales europeos de Luna era la de los hipercivilizados franceses que emulaba Rubén Darío en Buenos Aires. La estética sospechosa, el estilo literario y la vida disoluta de los artistas se desvergonzó con el juicio a Oscar Wilde en 1895 en Inglaterra, al mismo tiempo que en Alemania empezaba el primer movimiento de liberación homosexual liderado por científicos y escritores como Magnus Hirschfeld y Adolf Brand. Era la degeneración de «alta cultura» en los venerables salones de las universidades, los círculos de

la nobleza, la poesía y las clases letradas; y había llegado hasta los más augustos círculos militares de fin de siglo. En el ejército argentino tuvo un impacto sensacional la publicidad de las predilecciones de Friedrich Krupp, el amigo íntimo del Kaiser y heredero de los magnates del acero, fotografiado cual Tiberio con sus *ragazzi* en un gruta de espejos de cristal de roca de la Marina Piccola de Capri. Entre 1906 y 1907 seis oficiales alemanes, chantajeados, se suicidaron para no tener que presentarse frente a los tribunales militares tras ser acusados de putos. Ya habían *muerto moralmente* veinte oficiales más, juzgados por homosexuales en años anteriores cuando, para colmo, se hizo pública la tierna pareja del príncipe Eulenburg, conde de Sandels, con el teniente coronel Kuno Graf von Moltke amerengados en festicholas con altos oficiales militares del entorno íntimo del emperador. Los círculos castrenses argentinos pararon el ojo alarmados. En 1906 apenas pudieron tapar el melodrama militar entre un capitán, un mayor del Ejército casado con hijos y un castrense amante agregado a la familia, todos envueltos en una historia de dimes y diretes con asesinato e intento de suicidio incluidos. En esos mismos años los oficiales del ejército alemán del Kaiser eran los que, adentro de los cuarteles argentinos donde debía acabar la viril educación de los calentones hijos de la inmigración, iniciaban a sus colegas oficiales encargados de modelar a los hijos de la nueva raza argentina de machitos conscriptos y electores masculinos. Los instructores alemanes enseñaban en Buenos Aires y lo mejorcito de la oficialidad argentina recién egresada del Colegio Militar de la Nación terminaba su sofisticado entrenamiento homosocial en los garridos cuarteles alemanes del ejército de Guillermo II.

Entre decadencias francesas, juicios ingleses y escándalos alemanes, la figura y construcción de la homosexualidad en el momento más exuberante del liberalismo argentino tuvo una notoriedad pública muy similar a la que, a partir de 1982, empezaron a tener travestis, lesbianas y gays en la discusión internacional sobre los derechos de los homosexuales a raíz de la crisis del sida y el descubrimiento de un nuevo mercado consumidor con un significativo poder adquisitivo en potencia. En casi todo el mundo, pero especialmente en los Estados Unidos, la epidemia de sida fue un catalizador poderoso que contrarrestó la indiferencia del gobierno

norteamericano y, junto con la avidez del capitalismo neoliberal, reactivó la organización de movimientos de liberación homosexual internacionales. Uno de los encares fue cuando activistas argentinos y latinoamericanos de Act-up Américas, entre ellos el sueco-catamarqueño Sam Larson, el boricua Carlos Maldonado, Jairo Pedraza y Marcelo Llorens, cuestionaron frente al Consulado Argentino en Nueva York las políticas del presidente Carlos S. Menem, que vendía su modernidad por el mundo sin reconocer derechos fundamentales. Las acciones se repitieron durante visitas del Chicago boy riojano a Francia y Bélgica. Después de un ca-reo del activista de Act-up argentino neoyorkino Alfredo González —que lo enfrentó en una de las grandes universidades imperiales frente a las cámaras de los grandes medios—, nuestro criollo modernizador, ansioso por distanciarse de las violaciones a los derechos humanos de los gobiernos militares que lo precedieron, y para promover la imagen del país que, una vez más, rogaba aceptar otra vuelta de préstamos prodigiosos y obligaciones internacionales impuestas para integrarse a la economía capitalista global, en marzo de 1992, autocrático, se vio obligado a revertir la decisión de la Corte Suprema de Justicia de la Nación y tuvo que reconocer la existencia legal de la CHA.

En el libro de Luna la alusión a una homosexualidad de fines del siglo XIX apuntaba a la homosexualidad de sus contemporáneos liderados por Carlos Jáuregui. Lo siguió David Viñas, en 1993, con su libro *Prontuario*. Este gran conocedor de la literatura y la política del fin de siglo XIX había leído los *Archivos* de Ingenieros. Y el título de su libro apuntaba al formato de las historias policiales de presuntos delincuentes escritas en fichas con anotaciones al margen, archivadas con fotos y recortes de diario que conforman un *prontuario*, en este caso de la ciudad y la política de Buenos Aires entre 1890 y 1914. Todo su texto estaba organizado bajo subtítulos como «Oficios» o «Al margen», que eran anotaciones rápidas en cartones de un *archivo* que revisaba el protagonista. Las notas parecían resumir artículos o bibliografías sobre temas específicos. Una ficha sobre la vida homosexual de fines de siglo decía: «Pablo Minelli González no solo era confidente de Ángel de Estrada, sino que a él se le atribuye la corrección (o la inspiración) del *Diario inédito: titeo y homosexualidad en el Buenos Aires de 1900*». Poco más abajo el

protagonista seguía leyendo: «Carlos Octavio Bunge en *Los colegas* (1911) también alude a la ciudad secreta en los años de Figueroa Alcorta; mucho más obvio: *Los invertidos* (1914), de José González Castillo». Todo el fragmento, toda la ficha bibliográfica que armó el narrador de Viñas fue un titeo literario, y otro uso de «la técnica del anacronismo deliberado y de las atribuciones erróneas» del Pierre Menard de Borges. En 1900 Minelli González, un diplomático y poeta modernista uruguayo que difícilmente haya vivido en Buenos Aires, tenía diecisiete años, y la referencia insinuaba una afinidad especial entre el joven efebo *confidente* y A. de Estrada, otro poeta modernista de veintiocho años, amigo de Darío y del que Minelli aparecía como conocedor de inconfesables secretos. *Los colegas* es una obra de teatro de Bunge en la que, a pesar de lo sugerente del título, no hay ninguna referencia a la vida de sugestivos cófrades en el ropero de la *belle époque* porteña. *Los invertidos* sí fue una obra de teatro que le dio visibilidad dramática a la inversión sexual y la cultura del travestismo, y un tiro por elevación de González Castillo que apuntaba a posibles aficiones homosexuales en un juez Lavallol o un médico como De Veyga. Fue estrenada y prohibida en 1914 y en 1930, y vuelta a estrenar en 1990, de nuevo en el contexto del debate público sobre los derechos de los homosexuales de fines del siglo XX. La ficha del *Prontuario* entreabría una serie de entradas a un laberinto bibliográfico borgiano armado por el ingenioso pistolero Red Scharlach para atrapar a su doble policía, el razonador investigador académico muy creído de sí mismo. Viñas sabía que en esos años muchos empezábamos a escarbar bibliotecas buscando pedazos de historias maricas traspapeladas. Él y Luna, en 1989 y 1993, son un buen ejemplo de las reacciones de historiadores y escritores conocedores y participantes de la historia argentina, y de las sexualidades de los fines de siglo XIX y XX que salieron a la luz de contextos liberales y neoliberales; titeos histórico-literarios homosexuales y homosociales, más o menos encubiertos en invenciones o chismes sobre vidas sigilosas, en textos inexistentes entretejidos con realidades históricas y publicaciones reconocidas, aludían a la madeja histórica de literaturas y políticas sexuales de las que se podía empezar a hablar más abiertamente. Las coyunturas económicas y los momentos culturales locales hicieron posible la imaginación y la recuperación de culturas de mujeres y hombres

de un espectro amplio de sexualidades, identidades de género y formas de expresarlo imposibles de fijar, en el Buenos Aires menemista como entre nuestros sugestivos guapos del 900.

Cuidado con los cantos de sirena

La alusión de Viñas a una oculta vida disimulada por C.O. Bunge no era arbitraria. La preocupación por la degeneración y decadencia de una sociedad de mujeres masculinas y hombres femeninos fue una obsesión constante en la obra de este llamado genio de su generación. Heredero de la cerealera y profesor de Derecho y Ciencias de la Educación de las universidades de Buenos Aires y La Plata, fue uno de los intelectuales más celebrados en su momento. Culto, muy pintón, estudiadamente elegante y rico, descendiente de inmigrantes alemanes luteranos que desde 1827 se fueron incorporando al patriciado porteño, él también fue un escritor increíblemente prolífico. Publicó novelas, cuentos y leyendas, artículos, reseñas y densos tratados positivistas de pedagogía, psicología, sociología, derecho y filosofía. En 1901, a los veintiséis años, era *la revelación intelectual* del porteño mundo letrado del momento. Desde su posición prominente en la clase terrateniente y la aristocracia intelectual de moda, en 1899, cuando tenía solo veinticuatro años, él también sirvió a Roca que lo mandó a Europa a investigar los sistemas educacionales y las metodologías de enseñanza en los internados y universidades inglesas y alemanas... Su informe fue parte de un ambicioso proyecto de reforma de la educación estatal.

Roca y Osvaldo Magnasco —ministro de Justicia e Instrucción Pública entre 1898 y 1904— investigaban disciplinas que resultaran útiles para integrar al batifondo de argentinos de primera generación que había que adoctrinar para que fueran buenos y sumisos ciudadanos, un electorado de trabajadores instruidos en la ética laboral capitalista y la respetabilidad aspiracional burguesa. Magnasco, después que el ministro de Guerra Pablo Riccheri implementara en 1901 la ley de servicio militar obligatorio para entrenar a los electores machitos de rompe y raja, quiso modernizar el sistema disciplinario de la enseñanza pública estatal. Buscaba

cambiar el énfasis del sistema educacional sarmientino que se concentraba en el entrenamiento de maestras y maestros de los profesorados. En su lugar propuso fundar escuelas de artes y oficios con talleres para el aprendizaje de trabajos técnicos, mecánicos y agrícolas donde se indujera esa conducta laboral que estudió Ricardo Salvatore en las prisiones nacionales, versiones criminológicas de fábricas y talleres industriales. La cuestión era instruir a las clases trabajadoras, primero (discriminadas no por edad sino por niveles de aptitud) en las escuelas, para que después, en la adolescencia, se dividieran en mujeres y madres fecundas adentro de las casas y machotes obreros votantes entrenados masculinamente por los militares en los cuarteles, para que eligieran con hombría nacional en el sistema político conservador.

El proyecto de Magnasco no progresó, pero el desvelo de los burócratas e ideólogos del Estado que investigaban una viril instrucción nacionalista fue central en la obra literaria de Bunge y, a diferencia de sus laboriosos estudios teóricos, sí tuvo una gran difusión entre las clases recién alfabetizadas. No obstante la distancia de clases sociales entre este docto jurista pedagogo de familia *bien* y el Ingenieros médico criminólogo hijo de inmigrantes, los dos fueron buenos colegas, empleados de la burocracia estatal y personajes de la élite positivista, escritores productivos y liberales publicistas patriarcales y eurocéntricos de un racismo notorio. La Cultura Argentina, una editorial que fundó Ingenieros para el nuevo mercado letrado, publicó tres volúmenes del *Tratado general de pedagogía* de Bunge, además de sus varios *Estudios filosóficos*. La editora lo promovía como el gran sabio «sin vocación política» y siempre «amigo de los más progresistas y avanzados». Pero este otro pensador *à la page* también divulgó —con el célebre clasismo de estos monumentos de nuestra ciudad letrada— el mismo racismo del Ingenieros que, cuando estuvo de paso por África, por ejemplo, defendió el sistema esclavista. En Bunge, el *negro* criollo era, por caso, un «*afeminado mulato* músico, pianista de nudosas manos, talle virginal, *voz de flauta y coqueterías de romántica*; el *político mestizo de indio*, de cutis *lampiño* y gelatinoso vientre de *eunuco*», como Gabino Ezeiza o Casimiro Alcorta, los célebres músicos criollos de la cultura popular. En ellos sumaba, a la *degeneración* biológica del negro afroargentino medio indio, la performance

femenina de voces y afectismos que los hacían híbridos, *castrados*, que se atrevían a meterse en su política.

La ansiedad por la degeneración de mujeres masculinas y hombres femeninos fue una constante en toda su obra. Junto con esta aprensión, evidenció una «frustración íntima» que impresionó con insistencia a sus contemporáneos y apresuró a algunos a afirmar que era homosexual. La tentación —o evidencia— daba vueltas, estaba por ahí. Los positivistas anticlericales como Manuel Gálvez, su cuñado, alabaron su fecundidad, su talento, la originalidad de su espíritu y la novedad de sus ideas, porque «inquietaban en el mundo de la alta sociedad y en el de las letras. Agréguese con todo esto, un singular tipo de hombre del Norte, una distinción aristocrática, *cierto dandismo en el vestir* y un temperamento *rebelde y agresivo*, y se comprenderá que, durante algunos años, Carlos Octavio Bunge fuese *un caso*». Inquietaba en las clases altas latifundistas o letradas y su desobediencia provocadora se hacía visible en la ropa, siempre, el marcador evidente, el disfraz para la representación dramática, la simulación de un personaje o un *caso* de historia clínica. Eduardo José Cárdenas y Carlos Manuel Payá, los historiadores clericales lo describieron con el mismo interés pero le agregaron «tensiones interiores», y explicaban que «transitó por la vida con un exterior a veces *violento o alegre* pero escondiendo *en su intimidad un grave y profundo dolor*». Cronistas clericales o anticlericales, de principios o fines del siglo XX, esgrimieron como siempre la posibilidad de revelar, sugerir o inventar una homosexualidad implícita o explícita, más o menos codificada, como la forma más efectiva y directa para desacreditar al adversario y/o hacer progresar o complicar su carrera. Los católicos para sostener su argumento citaban a Gálvez y a Quesada que, según ellos, eran los amigos más cercanos a Bunge, y estaban convencidos de que la vehemente dedicación del genio al trabajo intelectual era «una vía de escape para otros *contenidos sentimientos*» adentro del ropero. Realidad o pánico homosexual, combinación de realidades históricas o chismes, siempre hubo un eje duro adentro o afuera del discurso homosocial amenazador del machirulo honor virginal muy fruncido o en la derrota del rival al que *le rompieron el culo*, en la cama o en la cancha de fútbol.

En sus poemas, cuentos y copiosos estudios eruditos, Bunge insistió siempre sobre los dilemas y dobles de una moderna decadencia hipercivilizada y degeneradora que debía ser corregida con nacionales disciplinas regeneradoras. La degeneración decadente era europea, extranjera. Los criminólogos de los *Archivos* la identificaban en los habitantes de las clases bajas, pero él la sintió y describió en su propia clase social, en las clases altas y en la aristocracia intelectual que lo rodeaba. La representó de refilón como una *desviación de temperamento de las clases tradicionales*, la suya; por ejemplo, en «Notas sobre el problema de la degeneración» de 1900 (incluido en sus *Estudios filosóficos*), cuando tenía veinticinco años. Acababa de volver de sus exploraciones en los mejores internados de varones alemanes e ingleses desde los que, en cartas a su madre en tinta roja, admitía toda una serie de calentones amorosos noveleros: «*Varios* son los casos en que he tenido aquí lo que llama Thackeray “*a romantic friendship at first sight*”», románticas amistades a primera vista que citó en su investigación Joseph Pierce. Quizás en base a su experiencia, en la «Introducción» a su problema de la degeneración Bunge anunció: «Me ocuparé de un fenómeno, *generalmente pasado en silencio*, y sin embargo de evidente valor sintomático». El fenómeno callado pero revelador del mal interno era la «anormalidad del hombre de genio» que «frecuentísimamente se sobrepone a su sexo físico y psíquico usando modalidades mentales del opuesto. Podría llamarse a este fenómeno hermafroditismo intelectual». Al escribir así sobre *el hombre de genio*, cuando él mismo estaba en la cúspide de su carrera intelectual, podía parecer que hablaba de su propio «hermafroditismo». Como Echeverría, quedaba demasiado cerca de la escena picante o el amor a primera vista. Entonces recurrió a una pirueta retórica y especificó que esa *sobreposición* al sexo físico, aunque problemática y censurable, era representable en sus letradas clases altas; había sido *pasada en silencio*, pero él la podía nombrar y describir porque no tenía connotaciones sexuales. Era algo nada más que psicológico o mental, «constituye esto el fenómeno que llamo hermafroditismo intelectual, condición muy diversa de lo que algunos *psicópatas* modernos llaman hermafroditismo psicológico». Aquí la ambivalencia, la tensión, emergió en el bien o mal intencionado uso de una palabra, casi un acto fallido de época que hablaba del

psicópata confundido, o no, con el *psiquiatra*. Nuestro aristocrático dandy genial de rebelde soltería, historió una condición contemporánea suya de decadencia por hermafroditismo *intelectual*, que cuando se remontaba a las clases patricias de la Grecia y la Roma clásicas sí era un entrevero de piernas abiertas o cerradas con butifarra al palo en «la degenerada juventud del siglo de Pericles, en Atenas» donde los jóvenes «viven como mujeres». Hablaba de los jóvenes efebos filerastas que, como futuros machos pederastas de ano intacto se abrían a la introducción patriarcal pero solo entre las piernas cerradas, con mucha lubricación, *intercrurol*. Pero los *pater familias* romanos, más abiertos, no habían sabido mantener la superioridad masculina al permitir la *penetración* bárbara o popular de «la gente del Norte, ni tampoco los patricios con respecto a los plebeyos. La degeneración la había invertido». Se les habían metido los galos por arriba y el populacho por abajo. Era la peor de las inversiones, la arremetida de *uropeos bajados al sur* que habían conseguido la inversión de poder del pueblo *montado en los patricios équites terratenientes*.

Bunge propuso la figura elíptica del hermafroditismo intelectual y la inversión en el ejercicio del poder entre clases nacionales y sociales en sus laboriosos estudios para letrados especialistas; y para el gran público recién alfabetizado la complementó con novelitas y cuentitos didácticos de distribución masiva. En esos libritos a la ansiedad y el peligro de la inversión en el ejercicio del poder entre clases sociales agregó la inversión de clases genéricas, de mujeres feministas pujantes y hombres patriarcales débiles. Y el origen del mal en esos cuentos casi infantiles eran tremendas mutaciones mitologizadas; llegaban al país, entre las nuevas mujeres fuertes, las activistas preparadas que amenazaban el futuro de la nueva raza argentina varonil. Esos fueron los temas centrales en cuatro cuentos que publicó en 1908 como parte de la popular *Biblioteca de La Nación*, en un volumen titulado *Viaje a través de la estirpe y otras narraciones*. En el primer cuento, que daba título al volumen, un narrador médico contaba en primera persona un viaje didáctico guiado por Darwin, un Virgilio evolucionado que conducía a un Dante científico y decía «recordé el encuentro de Dante Alighieri con su maestro Virgilio, que iba a guiarle a través del infierno y el purgatorio». Invertida la dirección del recorrido dantesco clásico,

el narrador protagonista describió el viaje del investigador que estudiaba una nociva genealogía originadora hasta la raíz del infierno, en una degeneración argentina contemporánea. Esa llamativa conjunción del cristianismo —Dante creacionista reemplazado por el científico Darwin evolucionista, que aquí exploraba los orígenes de la especie degenerada— fue una característica ideológica del momento histórico.

En un mismo discurso confluían nociones y principios contradictorios que se hicieron prevalentes en estos positivistas. Idearon una europea evolución darwinista (de)generadora *congénita*, con *adquiridas* posibilidades redentora del alma nacional; y la formulaban en términos de un criollo dogma cristiano científicista. La ambivalencia de una ciencia cristiana corría paralela al reajuste de los círculos positivistas, de las clases tradicionales y de la línea oficial de Roca, que en 1884 había expulsado al embajador papal en su primera presidencia, pero en 1900 lo volvió a invitar durante su segunda administración para que la alianza católica lo ayudara a combatir los descreídos movimientos de zurditos y anarquistas que se hicieron tan fuertes en las últimas décadas del siglo XIX. En 1910 Monseñor de Andrea lideró una marcha contra el «miedo que reina en nuestras calles» y organizó una «gran concentración nacional masculina» en respuesta al «efecto disolvente» de una manifestación anarquista que había tenido lugar pocos días antes. Era la católica oposición que respondía a la «barbarie» de «los hijos de las tinieblas» que avanzaban «desde el sur de la ciudad» sobre las fuerzas del «alma nacional» convocadas a marchar por el norte, por la calle Callao. La «concentración nacional masculina» de Andrea se hizo con el apoyo de una comisión de católicos figurones de la oligarquía terrateniente, entre ellos Carlos Casares, Carlos Tornquist, Enrique Santamarina, Manuel Ocampo y Miguel A. Martínez de Hoz; este, un liberal representante de la tradicional *famiglia* de comerciantes de esclavos coloniales, generales genocidas de la guerra contra Paraguay y ministros de Economía de la neoliberal dictadura criminal de fines del siglo XX. El sur sodomita y bárbaro de Echeverría, en 1910 ya era también anarquista y seguía representando la amenaza *diabólica*, el proto aluvión zoológico que *invadía* el centro de la oligarquía patriarcal del norte. El católico aluvión psiquiátrico llamaba a marchar a una «nacionalidad masculina»

aterrada por el pánico a las mujeres obreras y profesionales que reinaban barriendo injusticias por las calles, el peligro que estructuró todo el volumen de cuentos populares que (para variar) difundió *La Nación* de los Mitre.

El reajuste del positivismo sorpresivamente aliado al clericalismo, en el primer cuento tomó alas en la aparición de un ángel que advirtió al narrador científico: «Debo manifestarle que el *súbdito que fue de SMB, mister Charles R. Darwin*, no ha sido el ateo materialista que con frecuencia se le supone. Era de familia cristiana y sabía orar». El científico Virgilio evolucionista era cristiano y, sobre todo, súbdito imperial de Su Majestad Británica, y declaraba categóricamente «el Principio y el Fin, son siempre Dios, ¡la religión! Por eso, y tan felizmente para el alma mística del hombre, Dios queda todavía en su trono, ¡Dios estará eternamente en su trono!». Ahí, de rodillas frente al sumo Padre científico, el arrepentido narrador positivista se postró e hizo la confesión absolvente: «Aunque descreído materialista, el alma mística de mis abuelos, que llevaba en mi propia alma, se estremeció y no pude menos que exclamar: —El Señor Todopoderoso se dignará absolverse de mis pecados y yo, evocando los recuerdos del catecismo católico, que en la infancia aprendiera, cerré los ojos y traté de rezar mentalmente el Confiteor». Como para comulgar en la misa se preparó el ateo converso narrador del viaje. Principiaba en el «Génesis» y terminaba en el estadio de los bichocos traga la bala de «El hombre civilizado», donde Darwin concluyó: «La humanidad será pronto decrepita si sigue su evolución. *Espera acaso a la Europa y la América el destino del Asia*, esto es, la corrupción sexual, el afeminamiento y la decadencia». La corrupción sexual, la apertura asentada involucionaba en el afeminamiento genérico que había precipitado la caída de la avejentada cultura burguesa de machos patriarcales. En el primer cuento Bunge identificó el origen de la decadencia bien lejos, en un pasado bien anterior. Pero el temido avance ya asomaba la cabeza y se presentaba como el peligro que se cernía sobre América —el espacio de la nueva raza— y llegaba vía Europa, infiltrado en la inmigración que era la base del proyecto de modernización económica y cultural. La ficción de ese oriente asiático la estudió bien Edward Said, asociada al sexo, a una sensualidad incansable y al dilapidador deseo sin límites

que emulaban los decadentes europeos y copiaban los modernistas latinoamericanos.

En el segundo cuento, titulado «La sirena», Bunge empezó a explicitar mejor ese afeminamiento deseante que acechaba desde las costas marítimas argentinas. Para ampliar su elaboración del tema que introdujo en el texto anterior, en este homologó el afeminamiento cultural del dandy acicalado (como él) y la emergencia de la nueva mujer (las feministas) con una sirena que aparecía y desaparecía, merodeaba la frontera atlántica desde Mar del Plata hasta la Patagonia y se sentaba a cantar sobre una roca en la playa. Nina Auerbach, en un libro sobre los mitos victorianos, explicó que «la sirena ejemplificaba lo secreto y la ambigüedad espiritual de los poderes adscriptos a la mujer. Fue una imponente amenaza fantasmática y cambiante». Eran sirenas, mujeres serpientes o lamias monstruosas submarinas o reptantes. En el cuento de Bunge la seductora mitológica, una variación sobre un mismo tema de las hidras y medusas de Ramos Mejía, surgía de entre las aguas recién salubrificadas. Era «una sirena de carne y hueso, que se peinaba con peine de nácar sus cabellos de oro, cantando sentada en una alta peña a la orilla del mar». Pero al acercarse, bajo la ficción modernista del femenino adminículo perlado que acariciaba la dorada cabellera, el narrador advirtió la mutación terrible «con su aspecto fiero y silvestre. Ciertamente el perfil era griego, que las facciones eran correctas y propias de una mujer joven, pero ¡qué mujer tan grande y tan fría!». Sus facciones eran aceptables, de modelo europeo clásico, pero el examen de cerca mostraba la deformación del cuerpo abrumador animalizado hasta el ridículo, «con la doble hilera de sus dientes blancos, enormes, antes propios de una fiera carnívora que de un ser humano», la devoradora. Preocupado por la presencia de la mutante en la estirpe, al borde de la nueva raza, el científico narrador caviló: «Lo que yo no entiendo es cómo su raza se multiplica. Los animales superiores son todos sexuados, en cada especie hay machos y hembras. Sin embargo yo no sé que haya sirenos; todos los animales de su raza son femeninos». El discurso didáctico no exploraba la posibilidad de volver a formular sexualidades o géneros a partir de cambios o variaciones, roles maleables o posibilidades distintas a las del sistema genérico considerado normal. Machos y hembras solo se concebían sexuados si

respetaban el orden prescripto por el binarismo genérico heterosexista. Su debilitamiento por la competencia abierta de la mujer en las profesiones y en el mercado de trabajo hizo emerger ansiedades profundas por la supervivencia del hombre masculino. De acuerdo con este complejo de creencias científico-teológicas del gran narrador carpeta, la desorganización del orden genérico fijo y sus jerarquías de poder precipitaba la degeneración racial de la argentinidad en ciernes, y la culpable era una mujer. Entonces, y para adoctrinar a una posible lectora levantisca de clase recién alfabetizada, la propia sirena repetía el discurso machista y decía desolada: «Nuestra raza está en decadencia desde hace muchos siglos, como toda raza degenerada, produce hembras superiores a los machos». En la nueva mujer tenían que inculcar la idea de que su superioridad era origen y peligro de una degeneración racial. El temor a estas mujeres superiores que amenazaban al futuro de la nueva estirpe urgía una regeneración del hombre masculino, el hilo de un argumento que Bunge desarrolló a lo largo de estos cuatro cuentos que se leían como un solo texto.

En el tercer cuento, titulado «Un valiente», nuestro pedagogo positivista clerical presentó un instructivo ejemplo de la masculinización del hombre como la mejor medida defensiva, una profilaxis preventiva del desorden de modelos del género binario. Al principio el futuro valiente era Perico Peralta, apodado «el Gallina», «un pobre de espíritu, un raquítico de cuerpo y alma, no mata una mosca». Perico era un pariente pobre de un estanciero que —como en la realidad histórica de esos años— le consiguió el nombramiento de comisario de policía del pueblo; «un comisario *in partibus*, sin más trabajo que cobrar el sueldo», un ñoqui esquelético. El narrador se valía de la noción más común de la psicopatología de Lombroso al mostrar la relación teórica entre los rasgos físicos y las características genéricas de Perico, un exterior que revelaba una verdad interior. Pero junto con lo determinante de la herencia lombrosiana, lo inevitable de una biología heredada, la variación criolla de la teoría de Lombroso tenía que mostrar la posibilidad, la forma y el modo de hacer la reforma, la corrección cultural y física imprescindible para la nación del futuro. Llegaba una manga de degenerados con todo lo inevitable de hábitos y sexualidades *congénitas*; pero la buena nueva raza argentina dependía de que pudieran ser

corregidos los hábitos precursores de géneros y sexualidades que también podían ser *adquiridos*. En respuesta al afeminamiento de los demás cuentos, este ilustraba la «masculinización», la regeneración necesaria y posible. Antes de su iniciación el Perico lombrosiano era un «joven pálido, enfermizo, de baja estatura, rostro completamente afeitado, espalda encorvada». Pero un encuentro en la pulpería del pueblo dramatizó la posibilidad de transformar al petiso débil encorvado y lampiño en el hombre erecto y peludo. En el almacén de campo, en medio de un estrépito de damajuanas rotas y barriles dados vuelta, sin quererlo, por accidente, Perico mató a José Riera, «ese bandido formidable, a quien la leyenda rodeara con el prestigio de invencible», que estaba sentado de este lado de la reja del pulpero mientras tomaba una ginebra. Después del encontronazo que terminó con Riera fiambre y nuestro ñoqui comisario desmayado, «Peralta deliraba con altísima fiebre [...] estuvo varios días entre la vida y la muerte, amagado de un ataque a la cabeza». Aprovechando su desvarío, «como deliraba continuamente que era perseguido por Riera, su primo Valladares lo tranquilizaba diciéndole: Ya ha pasado, Perico. Has muerto a Riera, luchando cuerpo a cuerpo. Te portaste como un valiente». Durante el trastorno de Perico, en ese estado de inconsciencia delirante, la repetición constante de Valladares reiterándole que había realizado la varonil hazaña era una muestra didáctica del poder de la sugestión, otra de las cerebrales preocupaciones del positivismo de esos años, el fenómeno de un magnetismo hipnótico que tenía el poder doble de degenerar o regenerar, el arma de doble filo.

Es que la sugestión fue uno de los fenómenos que más interesaron a estos intelectuales. Era concebida como inductora de la enfermedad, el mal que podía llegar hasta el crimen, pero también podía ser utilizada como terapia, la hipnosis para la histérica de Charcot, un método de investigación o tratamiento, eficaz para enfermedades físicas y mentales. El poder doble de la sugestión, inductora de enfermedades individuales y sociales o método terapéutico, lo explicó por ejemplo Ramos Mejía en la historia clínica de «Un caso de erotismo psíquico senil», que publicó en los *Archivos*. El paciente era un hombre «de sesenta años, soltero, jornalero». Nuestro higienista presidente, ahora también psiquiatra, escribió: «Interrogado acerca de sus dolencias, responde no tener ninguna: pero refiere

que desde hace veinte días “no puedo salir a la calle, porque al ver a una mujer se me alborota la naturaleza”». Sentía que se le paraba de solo ver a una mujer. El paciente «creyó estar en presencia de un resurgimiento de su actividad sexual. “Durante toda la mañana —dijo— no pude pensar en otra cosa”». Ramos, perspicaz, empezó a diagnosticar: «La autosugestión hizo lo demás». El pobre jornalero *senil* creía que se le paraba. «Todo indujo a creer que los trastornos eróticos de XX eran puramente psíquicos; es decir, que se despertaba en su corteza cerebral la imagen de la erección sin que se produjera su equivalente funcional. Así *se comprobó experimentalmente*.» Después de mirársela o tocársela, «la inspección local no reveló ningún signo» de elevación. En conclusión, «se le diagnosticó erotismo psíquico senil, por autosugestión» y «la terapéutica instituida fue etiológica. A la autosugestión se opuso otra sugestión. Se le recetó agua destilada, coloreada, cinco gotas por la mañana y cinco gotas por la noche. Recomendósele que no pasara de ese número por tratarse de un veneno poderoso, especialmente eficaz para combatir los “alborotos de la naturaleza”. En efecto, pocos días más tarde el enfermo volvió, agradecido por el tratamiento», flácido, pero no importaba como semental de la nueva raza porque, «senil», a los sesenta años ya era considerado un viejo choto.

En el cuento de Bunge la sugestión del primo de Perico durante los varios días que pasó «entre la vida y la muerte, amagado de un ataque a la cabeza» lo curó de su debilidad genérica. Entonces «se levantó *con una idea fija, que le fuera inculcada durante su enfermedad*: ¡Él era un valiente que había vencido a Riera!». La posibilidad teórica de implantar el sugestionador una «idea fija» en la subconsciencia del sugestionado era lo que hacía al método especialmente eficiente, pero peligroso si era explotado por líderes que, alegadamente, manipulaban con la sugestión a personas o a las grandes reuniones de gente que arreciaban por la ciudad. La implantación de la idea fija tenía un poder asombroso. El regenerado comisario de campo «*embriagado de sangre* [...] era otro hombre. Parecía haberse estirado, pues no enarcaba más la espalda: el antes hundido pecho se combaba ahora inflado de coraje; ya no se afeitaba ostentando una enmarañada barba; su gesto era seguro y firme». En la última frase del cuento, curado, «el antiguo

“Perico el Gallina” quedó así, para siempre, transformado, según el respetuoso apodo con que el pueblo rinde culto a su coraje, en “el guapo Peralta”», un macho de pelo en pecho *embriagado de sangre*, perfectamente socializado de acuerdo con las reglas de la masculinidad hegemónica.

Bunge eligió el espacio de la reforma del hombre en el campo que, cuando la gran inmigración obrera se radicó en las ciudades y las hizo *bárbaras*, cambió de signo; como el desierto que diezmó Roca y se transformó por arte de magia en la pampa húmeda, repositorio de los valores más argentinos, habitada por el gaucho (regenerado y bueno), jornalero barato y sumiso de la patronal latifundista. Al espacio de la recuperación masculina Bunge lo contrastó con el espacio de la metrópolis y la depravación asociada al poder de la nueva mujer, el tema del cuarto cuentito titulado «La perfidia femenina». En ese juego entre los significados y espacios de la degeneración y la regeneración, el jurista pedagogo usaba el texto didáctico de distribución masiva para divulgar las teorías de estos conductistas encargados de forjar la masculina nueva raza. En 1905 Veyga publicó en los *Archivos* un artículo que trataba «De la regeneración como ley opuesta a la degeneración mórbida». En ese escrito, este otro prócer de la psicología y la sociología argentinas propuso que los estudios y teorías sobre la degeneración «constituyen un verdadero cuerpo de doctrina cuyos principios dominan todo el campo de las ciencias biológicas con la misma fuerza que las más trascendentales desarrolladas contemporáneamente: la evolución, por ejemplo, o la infección». La evolución darwinista y la infección de Lister y Pasteur habían sido piedras fundamentales de las ciencias sobre las que basaron su poder estos científicos. Pero la teoría de la degeneración, aunque había servido para levantar el poder de los médicos y transformarlos en jueces, vigilantes y guardias de los presuntos degenerados hereditarios congénitos era, como la sugestión, un arma de doble filo. Podía significar una barrera para estos empleados estatales dedicados al adoctrinamiento masculino redentor de la azarosa cultura inmigrante. Entonces, después de su reconocimiento agradecido a las teorías que le habían dado tanto prestigio a estas ciencias finiseculares, Veyga las modernizó a la criolla y concluyó: «Estamos dando a la herencia mórbida, después de haberla negado o discutido tanto tiempo, un valor exagerado que

no tiene, ni teórica ni clínicamente. *La degeneración se hereda pero se adquiere también*» y «tiene su contrapeso en la tendencia espontánea a la *regeneración ayudada eficazmente por la terapéutica*». Congénitos o adquiridos, requerían la intervención de estos científicos ingenieros sociales y especialistas de *ciencias afines*. Para promover su profilaxis represiva y sus proyectos, para encarar «la cuestión social», estos nuevos profesionales —como los higienistas que fueron antes— agitaron la idea del *microbio*, la enfermedad que ahora amenazaba al cuerpo nacional. Ya no eran las cóleras y fiebres anteriores sino las *inversiones* (de poder), el afeminamiento de la sociedad viril que resquebrajaba el dominio patriarcal de los hombres. Ellos lo veían en una masculinización de la mujer; y era el feminismo de las trabajadoras y profesionales que competían cada vez con más éxito en todos los campos de la cultura, en las fábricas y el mercado de trabajo, en la política y en los ámbitos profesionales que habían sido exclusivamente de los hombres.

Con «La perfidia femenina», el último cuento del volumen, Bunge concluyó su viaje a través de la estirpe de féminas devoradoras y giles acuñados. Llegó al destino etiológico de la enfermedad cultural contemporánea, la raíz del problema. Para explicarla creó los personajes de Balbes, Fantus y Murriondo, tres profesores universitarios que, para mantener la apariencia de objetividad científica que le daba chapa de credibilidad a esta aristocracia intelectual, ante todo declaraban que «hay que evitar, pues, las falsas generalizaciones basadas en hechos aislados y excepcionales», según asintió Fantus. Pero en la frase siguiente aparecía el mal de la fémina temida, «el caso es que aquí estamos reunidos tres hombres solteros y experimentados... ¡y creo que ninguno de los tres guardamos recuerdos favorables de la mujer o mujeres que hayamos querido!». Mujeres y automáticamente asociadas a la *bête noire* de Charcot, una histeria a la que parecían ser especialmente propensos estos genios académicos. Murriondo afirmó: «Somos tres intelectuales y he observado que los intelectuales tienen una marcadísima propensión hacia las mujeres histéricas y aun hacia la peor clase de histéricas: hacia las insensibles y perversas». Enseguida Balbes, el intelectual objetivo, postuló la socrática pregunta «¿son los sentimientos medios y comunes de la mujer peores a los sentimientos masculinos?». La respuesta fue una larga y previsible exposición

de todos sus miedos. El profesor de Ética, por su parte, después de hacer las necesarias profesiones de fe a una metodología desapasionada y racional, se puso borgiano: «Dejemos un momento la historia, esa colosal mixtificación, ese tejido de fábulas, errores y prejuicios pasionales —argumentó Fantus— para observar hechos presentes y mejor cognoscibles», ahora sí, *positivos*. Como ejemplo, el estudioso de principios y reglas de conducta narró la historia de Mariana, una mujer que «¡pertenecía a varias sociedades de beneficencia pública y *aspiraba a la dirección de algunas de ellas!* [...] ¡Era lo que suele llamarse ahora una “mujer fuerte”, toda una “mujer fuerte!”». Una protagonista que «fue bastante astuta, fue bastante criminal». Fantus «corroboró [así] su tesis sobre la mayor “crueldad” femenina». Balbes, el literato, agregó la historia de Rosaura, la madrastra estereotípica que maltrataba a los hijos de su marido, «pero tuvo buen cuidado de no revelar sus sentimientos a Felipe. Ahí principia precisamente toda la negra perfidia de su “*política femenina*”». El cuento de Balbes ponía el dedo en la llaga: era la política de las primeras asociaciones feministas argentinas. «“¡Política femenina!” —interrumpió Fantus—. Aplaudo el término. La que he llamado crueldad femenina o egoísmo, no es más que política de astucia y de fraude.» Cuando las mujeres exigieron derechos y pusieron la misma concentración que el hombre en ambiciones personales y profesionales, más allá de su rol prescripto, fijo en el matrimonio tradicional, sus demandas, sus organizaciones y el reclamo de sus derechos eran una *crueldad fememina* o *egoísmo*. Lo que en el hombre era *diplomacia* para promover y avanzar sus ideas y las de los amigos, en la mujer eran *la astucia y el fraude* de una lucha encubierta, solidaria. Balbes alegó que «la política femenina sería una resultante de los factores psicológicos: sentimientos antialtruistas e incapacidad para imponerlos franca y abiertamente. Bajo un aparente espíritu bondadoso y de conciliación *suelen poner las mujeres en esas empresas solapadas, admirable habilidad y ejemplar constancia*. Su acción es la continua gota de agua, que al fin horada la piedra». La estrategia que temían era ante todo la constancia de una lucha que empezó y no paraba; la sagacidad en los modos de supervivencia, el empuje y los avances políticos de mujeres muy públicas, obvias o trabajando silenciosas en redes sociales cotidianas, entrevistas, sumergidas o encubiertas en las

colonias submarinas de Ramos Mejía, simuladoras o disimuladoras, y siempre competentes. Murriondo, el profesor de Medicina que no podía faltar en este mini simposio de ficción, contribuyó con la historia de Sofía, la mujer enamorada que al conocer las aventuras de su marido con otras mujeres «engañó una vez más al mundo. Su pasión dominante, su pasión insaciable era ahora el odio. ¡Habíale sonado la hora de la venganza! ¡Y cuán horrible fue su venganza, cuán horrible! Tuvo ella el difícil arte de los verdugos cirujanos de la antigua China, que convertían a un hombre, sin matarle, en una masa informe». Y diagnosticó: «Mis opiniones de psicología sexual podrían reducirse a pocas palabras. Por herencia y organización fisiológica, en la mujer privan tres condiciones: espíritu de conservación, irritabilidad y aptitud para el fraude». La Sofía de Murriondo encarnaba los temores más profundos de estos hombres; la nueva vida pública de mujeres tenaces, sublevadas y astutas. Ellas eran la línea temática que mapeaba el viaje a lo largo de la varonil estirpe malograda, «la corrupción sexual, el afeminamiento y la decadencia» de híbridas sirenas espléndidas que no fabricaban raza y deslizaban un femenino arte temible desde la antigua China hasta la Argentina moderna.

Las sofisticadas inversiones de poder de *allá* llegaron *acá* (y/o «de la poesía culta a la novelita popular»)

En *Los envenenados*, otra novela que Bunge publicó en 1908, ahora como «Escenas de la vida argentina de fines del siglo XIX», la inversión aparecía en la clase de la oligarquía terrateniente y el microbio que la propagaba era la extranjera de sociedad, entre mujeres argentinas *bien* que la imitaban, y hombres sometidos por apasionadas histéricas devoradoras criollas. Pachín del Valle, el niño *bien*, era la loca de «femenina frivolidad». Al carácter y la psicología del joven representante de la oligarquía invertida correspondía un tipo físico, una biología: «¡No resultaba, por cierto, la de Pachín, una figura imponente! Levantaba del suelo apenas vara y media sobre unos enormes tacones» y «con su rostro rigurosamente afeitado y sus facciones suaves y correctas, parecía un efebo. Su voz resultaba aflautada, sus ademanes eran lentos y melosos. Era tan frívolo e

ignorante como una bella damisela» (la *boluda total* de la misoginia bungiana). Pachín estaba tan acostumbrado «a sus dobles y redobles tacones mitad exteriores, mitad interiores, que andaba naturalmente de puntillas, cruzando el áspero sendero de la vida como una bailarina, y con sus mismos movimientos graciosos y ondulantes». El flexible efebo en coturnos hacía una performance de movimientos y gestos escénicos y, como en todas las clases sociales, su ropa, el disfraz, el vestido, hacían visible su psicología y la de sus amigos, plumas tan ligeras como él. El narrador describía cómo en el exclusivo Club del Tigre irrumpía en el comedor «un grupo de petimetres, a cuya cabeza iba Pedrito Arquiola. Vestidos todos con rebuscada elegancia, desfilaron uno por uno, llenos de garbo y muy satisfechos de sí mismos y de sus sastres. Al verlos pasar, Manolo exclamó —El desfile de Manón». Para el nuevo público recién alfabetizado, que probablemente nunca había estado en el Colón, el narrador explicaba que «aludía al desfile de mujerzuelas que se embarcaban para ser deportadas a América por sus malas costumbres, en una ópera en boga, sobre la historia de Manón Lescaut», una de las varias prostitutas castigadas en la ópera del fin de siglo, de moda porque representaba la inmigrante inconstante y caprichosa que se acostaba por el placer del sexo. Los hombres eran híbridos femeninos y las mujeres, como Mariucha, dominaban con «la maligna alegría de una mujer que llega a dominar la voluntad de un hombre enérgico y honesto». En ese nuevo mundo las mujeres habían reemplazado a los patriarcas y padres de familia inoperantes. «El genio del doctor Samper» al ser cuestionado «estalló en iracundo desplante. No se le hacía ya caso. La familia se desorganizaba porque se desconocía su autoridad». Reemplazaban al patriarca Dr. y empezaban a cuestionar el modelo de esposa obediente y madre reproductora: «Flora Villordo, la hija soltera de Hortensia, tenía en efecto un carácter alegre y decididor. Hallaba tan atrayente su vida que deseaba prolongarla cuanto pudiera, retardando el momento de casarse.» Ella era la representación más decidida de mujer independiente y peleadora que «maldiciendo a los hombres» cuestionaba todo el modelo patriarcal. Su psicología rebelde también tenía que aflorar en sus gestos y su físico, que se correspondía con sus ideas, «no sentaba mal tales razones a sus decididos modales de amazona, ni a su figura quizá demasiado alta». Flora a la inversión

genérica agregaba un mal *gusto* (otra de las grandes preocupaciones de la época), una sensibilidad por lo más popular del momento, un sonido como un habla sin palabras que asociaba a la clase social presuntamente originaria con los inmigrantes y las clases bajas. Se sentaba al piano y tocaba «un TANGO popular, dándole un aire tan criollo y tan “compadre” que el peón, un italiano agauchado, “quebraba” a su ritmo la cintura mientras regaba las plantas del jardín». La cultura del tango con sus mujeres bravías y compadritos emperifollados era otro producto característico de esta cultura invertida que borraba diferencias y se infiltraba sin respetar la separación entre los espacios de distintas clases sociales, se colaba por la ventana abierta. Un gusto otro, era una nueva sensibilidad que mezclaba clases alta y bajas, un *cocoliche* inmigrante italiano de clase baja acriollada que al compás de la nueva música porteña «quebraba» el rigor erecto del cuerpo varonil. Con las dramáticas alteraciones físicas, psicológicas y culturales no podía faltar la inversión en el ejercicio del poder económico. A Gabriela, «en familia, sus hermanos la apodaban por broma miss Rothschild». Como el cafisho obligado a vivir de las mujeres, en la clase alta de esta élite inversa los hombres dependían económicamente de las mujeres: «Manolo se disponía a emplear toda su astucia masculina para que miss Rothschild, “la banquera de la familia”, le prestara la indispensable ayuda» que necesitaba para viajar a Europa. Ella era ahora la que ocupaba el lugar de los viejos patriarcas. La cepa viril de los antepasados héroes criollos del siglo XIX continuaba, pero en las mujeres. Manolo adulaba a Gabriela: «Con tu aspecto de chica romántica, eres la heredera de las energías de nuestro glorioso abuelo». Con el tema del banquero aparecía el antisemitismo de muchos de estos textos. Cuando Gabriela le imponía condiciones, Manolo se quejaba a la mamá: «Ahí tienes a miss Rothschild, mamá, dispuesta a negarme los fondos que necesito, como buen banquero judío que es». Porque Rothschild había presidido al grupo de financistas europeos con los que el gobierno de Juárez Celman tuvo que negociar para ver cómo se refinanciaba la deuda durante la debacle de 1890. En esta otra novelita de distribución masiva, el mal también llegaba de Europa con la mirada de Lina Franconi, la extranjera: «Los ojos, de pupila azul, fría, vibrante y dilatada, constituían el más notable rasgo en la fisonomía de la

Franconi. Revelaban un temperamento voluntarioso y alocado, un mundo de histerismo y perversión». La italiana dudosa en la clase alta era la extranjera que difuminaba la perversión y el histerismo, lo irradiaba con el poder de sugestión de su mirada penetrante, hipnotizaba sin palabras. Figuraba a la sugestionadora de mujeres débiles como Ema, que «era el temperamento más sugestionable. Así como otrora, por su deseo de casarse, sobre todo por su deseo de amar, se había sugestionado a sí misma sobre las condiciones del candidato, ahora se sugestionaba sobre sus defectos». Empezaba ella también a postergar los sentimientos y predicciones románticas prescriptas para las mujeres de todas las clase sociales.

«Ni Dios, ni patrón, ni marido»
(Virginia Bolten, en *La Voz de la Mujer*)

Para tratar de controlar el primer feminismo argentino estos intelectuales y científicos, de acuerdo a la audiencia a la que estaban dirigidos sus textos, usaban distintas formas de representación de sexualidades, sexos y géneros desviados. Los cuentos de Bunge fueron publicados primero en tiradas de folletín por *La Nación* y después recopilados en el volumen 342 de la serie que editaba la *Biblioteca* del diario. En esas publicaciones de difusión masiva el homosexual no era representable y mucho menos la lesbiana; por eso Bunge la codificó en la sirena o la mujer fuerte, independiente y organizada en movimientos políticos que urgía contrarrestar con la masculinización del hombre femenino. Las formas de representación de las desviaciones, codificadas en los textos de difusión masiva, corrían paralelas a descripciones de la lesbiana más claras y directas pero en textos para un público lector más restringido, para los especialistas y simpatizantes de estas *ciencias afines*.

En *El estado de las clases obreras argentinas a comienzos de siglo* y en «Fetiquismo y uranismo femenino en los internados educativos», un libro de Juan Biale Massé y un artículo de Víctor Mercante publicados en 1904 y 1905 respectivamente, se usaron distintas formas de representación de la torta para estigmatizar y controlar a las mujeres obreras de clase baja y a las adolescentes de clase alta que se asociaban y empezaban a desarmar toda la estructura del

sistema patriarcal capitalista. Quienes escribían, estos hombres clericales creyentes o positivistas descreídos pero todos patriarcales, articularon una estrategia que buscaba deshacer los lazos entre mujeres de distintas generaciones y clases sociales, adolescentes y adultas, argentinas o extranjeras, obreras y profesionales. *El estado de las clases obreras* fue esa inútil investigación tramposa que Roca le encargó a Biale Massé para tratar de frenar las primeras huelgas generales que paralizaban la economía, en el mismo momento en que la oligarquía agroexportadora se enriquecía más fabulosamente que nunca. Biale, un médico católico, fue el elegido ideal al que recurrió la alianza positivista-clerical para tratar de frenar el movimiento obrero. La católica historia de Cárdenas y Payá exaltó al elegido de Roca, porque según ellos un «derecho natural, que es ley irrenunciable del hombre, se encuentra para Biale-Massé maravillosamente expresado por el Evangelio de Jesucristo». Esta punta católica de la alianza presentó como lesbianas a las mujeres obreras que desafiaban el modelo de esposa obediente, madre teta inagotable y obrera doméstica gratis. La nueva infección ahora llegaba desde Estados Unidos, adosada al modelo de modernización de los *países serios*, pero invertía el rol de la mujer que en la nueva Argentina debía trabajar con los hijos para producir la masculina raza moderna. Eran mujeres que se adaptaban al modelo liberal, salían a la calle y se atrevían a competir en fábricas y oficinas. Según Biale, «la mujer, entre nosotros, más bien hace concurrencia al hombre *en profesiones y oficios* que hasta ahora estaban reservados por las costumbres a los hombres; *las libres instituciones del país en nada las obstaculiza* y es de creer que, dado el vuelo que han tomado, llegarán como en Estados Unidos a ejercer todas las profesiones y oficios». Competían desde abajo hasta arriba, obreras y profesionales. Como siempre, el problema era la falta de legislación. Empujaron y trataron de detenerlas, tanto estos intelectuales oficiales como sus líderes y compañeros obreros. Donna Guy dio como muy buen ejemplo la decisión de 1906 de la Unión General de Trabajadores que apoyó la exclusión de mujeres de las fábricas. Alegaban que los empleadores, padres o esposos, podían y debían impedir que las obreras se organizaran porque vieron la competencia que significaban las mujeres en la calle, en el mercado de trabajo y que, además, eran más eficientes y explotables como mano

de obra aún más barata que la de ellos. La alarma creció entre los burócratas estatales y entre los hombres dirigentes y miembros de los gremios y centrales obreras.

Desde 1895 y a medida que la situación económica se iba agravando, las obreras empezaron a ser mucho más visibles en las industrias y talleres, en los comercios y en los trabajos de servicio. En «La mujer moderna», un artículo de Víctor Mercante de 1909, el pedagogo oficial notó cómo habían avanzado en el mercado de trabajo: «La estadística seca pero elocuente nos dice que la mujer destinada a esposa y madre con un marido capaz de reducir con éxito las necesidades del hogar forma un porcentaje bajo. Hay un fuerte contingente de mujeres que no se casan y otro *que trabaja* y provee como un hombre a la caja del hogar». Invertían los roles tradicionales. Los maridos eran incapaces, al parecer económicamente, y las mujeres no querían ser madres de un montón de hijos y salían «a trabajar»; porque para estos señores el trabajo de la mujer que dentro de la casa era *hacendosa*, administradora, maestra, enfermera, cocinera, lavandera y empleada de servicio gratis, *no trabajaba*. Habían irrumpido en el mercado, no se casaban ni eran madres reproductoras de capital humano, y para peor, como trabajadoras, les venían muy bien a las patronales, habían «*invadido* [infectado] muchos campos y es para la mano de obra *una especie de japonés*, competente y peligrosa, porque *si no manda y la dirigen, es sumisa, exige poco, hace mucho y cumple bien*». No aceptaban su rol tradicional pero aún así las aprovechaban —con cuidado de no darles poder o mando— porque, además de ser más explotables, tenían la disciplina de *la especie* del japonés contemporáneo, el más militarista de esos años, soldado de otro imperio que empezaba a consolidar colonias en Taiwán y Corea, le hacía la guerra a Rusia y se había aliado nada menos que con la superpotencia inglesa.

Las solteras, las mujeres independientes y las que trabajaban por un sueldo más bajo aunque eran más competentes, en el informe de Bialek eran el nuevo germen homosexual de «*eso* que se llama *el tercer sexo*, que tiene en Londres solamente más de 300.000 representantes y en Europa más de 3.000.000, que ha aparecido en los Estados Unidos *invasor*, y que felizmente no tiene todavía entre nosotros sino algún que otro individuo *afiliado*. Ese tercer sexo se compone de las mujeres que quedan *sin hombre con quien*

aparejarse, por efecto de *emigraciones a las colonias* [...]; de las que, por efecto de una moral extraviada, *han renunciado o las han renunciado al matrimonio*, y que llegan en su delirio hasta la *castración*». Para estos anátomos sociales, lo que definía el sexo biológico de todos los seres humanos era el tamaño de los testículos y su extirpación en la mujer, la histerectomía, era una *castración* del anclaje genérico de la mujer a nivel de cuerpo. En un artículo publicado por los higienistas en los *Anales* de 1892, un cirujano ginecólogo alertaba que «algunas mujeres se prestan, con demasiada ligereza, y se abren sus vientres por pretextos a menudo fútiles, por una neuralgia, por una crisis nerviosa». *Neuralgias y crisis nerviosas* eran las teóricas formas de histeria frívola de señoras con plata que elegían y se podían permitir la cirugía y la vida libre de té con las amigas, y salidas de noche a la ópera, al teatro y a cenar hasta tarde. *Arriesgaban la vida* para tener una vida pública y renunciar a sus deberes patrióticos de madre inagotable. «La necesidad de terminar prontamente dolencias que las alejan de los goces sociales, del baile, del teatro, las impacientan. Hay más; el detestable temor de ser madres les hace desafiar la muerte», a la que las podían exponer cirujanos hombres, los especialistas más profundamente machistas de la profesión, renuentes, no muy convencidos de lo que hacían en el quirófano. Este cirujano tenía la esperanza de que su artículo «pudiera disuadir a algunas de recurrir, con demasiada ligereza, a los cuidados operatorios radicales, en un país que, cual el nuestro, no tiene necesidad alguna de disminuir su población». El artículo original era en francés y esta traducción decía, ambiguamente, *nuestro país* porque todo el capitalismo internacional era el que necesitaba mano de obra barata y fácil, para *poblar* las fábricas de la revolución industrial con mujeres y chicos y los cuarteles con carne de cañón, la infantería que era el arma más importante de los ejércitos imperiales lanzados a la conquista darwinista del mundo.

El trabajo de la mujer fuera de la casa, *en la calle*, asociaba a la que trabajaba por un sueldo con la prostituta, y a las dos con «*eso que llaman el tercer sexo*»; la forma gramatical del neutro la hacía andrógina y, además de confundir a la obrera con la prostituta, asociaba el sexo biológico de esas mujeres a la indefinición del in-*dividuo* no binario, ni mujer ni hombre, la mujer *castrada*

como el pederasta *eunuco*, los híbridos infecundos. El tercer sexo o sexo intermedio lo había propuesto Magnus Hirschfeld, el activista del movimiento de liberación homosexual alemán que se organizó alrededor del Comité Científico Humanitario desde 1897 hasta 1933. Entre 1899 y 1923 el Comité publicó un *Anuario* para los tipos sexuales intermedios, el *Jahrbuch Für Sexuelle Zwischenstufen*, y en 1903 empezó a distribuir un libro sobre «lo que la gente debería saber sobre el tercer sexo». En 1907 había alcanzado diecinueve ediciones que demostraban la difusión y popularidad del movimiento de lesbianas y homosexuales alemanes que había llegado desde los cuarteles del ejército teutón hasta el argentino. Bialek se apropió de la descripción de su experiencia que hacían los activistas y la usó para reactivar el fantasma de una infección social que llegaba infiltrada en movimientos y organizaciones de mujeres que vivían sin hombres porque no los necesitaban para sobrevivir. El católico sexólogo de las clases trabajadoras asoció a la mujer que elegía a otra como pareja sexual y/o afectiva con la creciente cantidad de mujeres que decidían no casarse con un hombre, y aprovechaban las grandes migraciones del liberalismo internacional para independizarse y buscar solas o con otras mujeres un futuro distinto. Este otro higienista social también recurrió a la terminología médica de la *invasión*, que era sinónimo de infección. En la «Defensa sanitaria marítima contra las enfermedades exóticas viajeras» (1898), Luis Agote, por ejemplo, usaba los dos vocablos indistintamente para justificar medidas de defensa social —o de ataque— en esas incursiones militares *profilácticas* que, con la excusa de una higiene, anexaban *protectorados* y colonias. En Argentina, en Bialek, significaba defender una función patriótica, porque según él «la misión de la mujer, en lo que a cada sexo toca en la perpetuación de la especie, es la maternidad, la crianza y educación de los hijos; en el vientre de las mujeres está la fuerza y grandeza de las naciones». Era el trabajo fundamental que les asignaban los clericales como Bialek, los positivistas lombrosianos más escépticos como Mercante o los ambivalentes como Bunge. Para reforzar el sistema heterosexista que se resquebrajaba recurrieron a una batería de discursos patriarcales, desde las ciencias positivistas hasta los santos evangelios pasando por las capitulaciones de la monarquía castellana. Cárdenas y Payá, ortodoxos canónicos,

alabaron que a Biale Massé «la Biblia, desde el Génesis y el Éxodo, le enseñaron lo fundamental» como creyente e investigador roquista. Según ellos, su guía ideal eran las Leyes de Indias, consideradas por él «*fuentes vivas de justicia* a las que se debe retornar». La regresión al colonialismo tripero de mastines hambrientos lanzados a la caza de indios y negros cimarrones era *la fuerza viva* que preconizaban para reorganizar y explotar la familia patriarcal estos católicos capitalistas desesperados por estabilizar los movimientos del tinglado cimbreado que se les venía abajo.

Nuestro cristiano paladín estatal insistió muy específicamente en la posibilidad de usar la religión para fomentar en las mujeres una ignorancia que, decían, era natural y útil porque la falta de capacidades críticas las hacía más fáciles devotas a los principios de su violenta moral subjetiva. El informe subrayaba que «un fenómeno muy interesante es el que sucede con las mujeres. La mujer del pueblo argentino es profundamente religiosa; está en su fibra, está en su célula; pero al mismo tiempo se ve que carece de toda instrucción religiosa; es muy raro que conozca el catecismo, y más raro aún que conozca el significado de las ceremonias religiosas a que asiste con toda puntualidad. Su fe es, pues, absolutamente ciega, y *la moral*, por lo tanto, *entra con poco*».

Clave en esta comunión de capitalistas y cristianos patriarcales era la oposición a la histerectomía presuntamente frívola y muy especialmente al aborto que daban a la mujer el mismo control sobre su cuerpo que tenía el hombre. Biale lo señaló como la gran causa de todos los males y movimientos del mercado de trabajo, «*esa restricción inmoral* deja a la mujer en la libertad de ir al taller y de tomar ocupaciones de hombre, mientras entre nosotros hay matrimonios que tienen seis y ocho hijos; y no son raros los *hermosos casos de doce o más, y hasta de veinte hijos tenidos por una sola mujer, y se conocen casos de veinte y cinco hijos* en un hogar. No arranquemos de la frente de la mujer argentina esa corona de gloria». Estos hombres se creían perfectamente capaces de imaginar la vida, la experiencia y el estrago del cuerpo de una mujer con veinte o veinticinco hijos. Su conclusión fue que la invasión infecciosa «no tiene todavía entre nosotros sino algún que otro individuo *afiliado*», porque lo que les preocupaba era la afiliación de obreras y profesionales en gremios de mujeres solidarias. Las

reconocidas líderes profesionales y obreras les daban miedo por su alcance político reticular: «Cuando la mujer toma parte en un movimiento general, el triunfo es incontrastable; mucho más aquí, en la República, donde la mujer, aun en la campaña, tiene costumbres más suaves, más atrayentes, y por consiguiente arrastra más que en ninguna otra parte. Hay que tener en cuenta que cuando doscientas mujeres asisten a un mítin, hay dos mil que por timidez no van a él, pero que las acompañan y hacen una propaganda tan eficaz como las que salen a la calle». Como el enemigo invisible o sumergido, se movían en la base misma del tejido social, adentro y afuera de la casa; establecían una compleja y cada vez más sofisticada urdimbre que socavaba el cristiano orden patriarcal del liberalismo capitalista.

El feminismo avanzaba por todos lados. Entre las obreras, con las hermanas Chertkoff y con Alicia Moreau en el socialismo, y también con Gabriela Laperrière radicalizando a las sindicalistas revolucionarias; en medicina estaba Moreau, con la que trabajaba Julieta Lanteri que fue la quinta médica mujer recibida en la Universidad de Buenos Aires siguiendo los pasos de Cecilia Grierson, Elvira Rawson y Petrona Eyle, todas activistas; y en otros ámbitos actuaban periodistas como Adelia Di Carlo o la pedagoga Raquel Camaña. Juntas fundaron la primera Asociación Universitaria Argentina. En 1906 participaron junto con otras latinoamericanas en el XIII Congreso Internacional del Libre Pensamiento que las conectó con un movimiento feminista tan internacional como liberal pero de lucha por la igualdad política y sexual de la mujer, la necesidad de una ley de divorcio y el derecho a decidir qué hacer y cuándo con el propio cuerpo. En 1910 organizaron en Buenos Aires el Primer Congreso Femenino Internacional en el que intelectuales, pensadoras y profesionales de Argentina, del resto de América y de Europa —Marie Curie, Emilia Pardo Bazán, Ellen Key o Maria Montessori entre muchas otras— presentaron sus ideas, investigaciones y estudios sobre temas de género, derechos políticos y civiles, divorcio, economía, educación, salud y cultura. Eran reconocidas, eficientes, organizadas, y no se venían con chiquitas.